

Lecturas que iluminan. Conferencia magistral (se supone).

Antonio Malpica

Antes que nada, y para comenzar con toda la confianza posible, quisiera estar seguro de que saben ustedes de dónde salí yo, porque cada vez que me invitan a dar una conferencia “magistral” me asalta la duda. ¿Sabrán con toda precisión a quién le están pidiendo algo como eso? Me gustaría estar seguro de que están conscientes de que le están pidiendo una conferencia “magistral” en torno a la promoción lectora a un ingeniero en computación que, además, no leía de niño. Porque, para los que todavía no lo sepan, eso es lo que soy. Soy licenciado en ingeniería en computación, lo cual significa que para lo único para lo que tengo licencia es: a) para manejar un coche y b) para hacer sistemas de computadora. Para escribir libros no tengo licencia. Y para dar conferencias, menos. Y si encima quieren que sean “magistrales”..., pues más vale asegurarse. Bien. Para que no haya malos entendidos: Tengo licencia para manejar... y de todos modos he chocado algunas veces. Tengo licencia para hacer programas... y se me han caído más de tres sistemas en la vida. ¡Así que imagínense con el resto de las cosas para las que no tengo permiso! Como dar conferencias. Así y todo, me siguen invitando. Pero que conste que aquí aplica, entonces, aquella bonita máxima de “para qué me invitan si ya saben cómo soy”. Y si les parece que esto lo digo para escurrir el bulto y evadir, aunque sea mínimamente la responsabilidad de los posibles daños contra terceros... están en lo cierto. En todo caso, también vale la pena advertir que parece que los libros no me salen tan mal, aunque no tenga permiso ni de mi mamá para escribirlos... y parece que es por eso que estoy aquí. Y aunque no leía de niño, es cierto que ahora soy muy lector. Y yo creo que también es por eso que estoy aquí. Porque parece que, si me preguntan, sí tengo algunas cosas que decir al respecto. Así que espero, queridos amigos, no chocar este coche que me han invitado a conducir por breves minutos. Y que ustedes disfruten del viaje.

He de admitir que, cuando me invitaron, dije que sí porque, además, disfruto mucho este tipo de encuentros. A veces los disfruto más, si estoy de aquel lado, del de las

butacas, que de éste; pero también si estoy de este lado lo disfruto bastante, porque me hago la ilusión de que puedo aportar algo al mundo de las letras además de historias deschavetadas sobre niños de la calle que vuelan y misterios de esqueletos a los que les falta el cráneo. Así que en cuanto me invitaron dije que sí apenas revisé mi agenda porque lo único que me importaba era poder asistir. Y según esto, le pusieron a mi conferencia el título “provisional” de “Lecturas que iluminan” y yo ipso facto dije que todo estaba muy bien y que luego veíamos lo del título porque, claro, era provisional. Pero qué creen. Que ese luego nunca llegó gracias a que siempre estoy escribiendo historias deschavetadas y siempre tengo la cabeza en otro lugar. Así que lo provisional se volvió definitivo. Y de pronto me encontré a mi mismo pensando: “Te lo mereces, burro, por dejarlo todo para el final. Ahora a ver si se te ocurren algunas lecturas muy iluminadoras para ilustrar tu conferencia “magistral” porque, si no, estás frito”.

Y la verdad es que, llegada la fecha, pensé admitir que estaba frito, que el verdadero título que yo siempre quise era: “El uso de chistes colorados en el aula de clases para contagiar la lectura en los niños, desde preescolar hasta secundaria, una aproximación teórica.”

Pero al minuto siguiente me di cuenta de que en realidad no estaba mal el título propuesto originalmente. Porque pensé que sí que podía hablar de lecturas muy iluminadoras. Finalmente, soy lector. Y vaya que he tenido en mis manos libros que me parece que sacan de la oscuridad, lecturas que son una vela, una linterna, un faro, lecturas que deslumbran, lecturas que son casi como el sol después de la tormenta. Finalmente, soy lector. Desde hace muchos años. Y sí, pensé en algunos libros... pero luego me dije que, para no terminar haciendo una lista de “Los 10 libros que más te pueden ayudar en el próximo apagón patrocinado por la CFE”, era mejor idea si llamaba la atención sobre un descubrimiento reciente en mi vida. Un descubrimiento que me convirtió en un lector todavía más feliz del que ya era. Un descubrimiento que seguro a ustedes también les hará llenarse de alegría lectora. Un descubrimiento que, además, está al alcance de todos, uno que es muy sencillo y que, por si fuera poco, da para toda la vida.

Y es éste:

Bueno... no lo revelaré tan de golpe. Mejor, antes, les quiero obsequiar una lectura muy iluminadora que tiene que ver con dicho hallazgo. Y ya luego les revelo el secreto.

Hace algunos años, un hombre llamado Solís, que era muy rico y tenía muchas empresas alrededor del mundo, pensó que su hijo Gilberto estaba en edad de hacer algo por sí mismo, así que lo puso al mando de una fábrica llamada Uruk S.A. de C.V., que estaba en otro país. Gilberto llegó a hacerse de la presidencia del negocio con mucho entusiasmo, pero como nunca había trabajado en su vida y había tenido muy poco contacto con la gente común, se distanció de sus empleados desde el principio. No tardó en darse cuenta de lo infeliz que era al estar solo, así que se volvió amargado y cruel con sus trabajadores. Los miraba desde lo alto de sus oficinas alimentando un inexplicable rencor. Empezó a imponer normas en el trabajo que era muy difícil poder cumplir y que hizo que todos se sintieran infelices y oprimidos. Por ello, un empleado de Uruk S.A. de C.V. se animó a escribir una carta directamente al señor Solís para que los ayudara a revertir las injusticias de su hijo. En respuesta, Solís llamó a otro hijo suyo, Rubén, para encomendarle que hablara con su hermano y lo hiciera entrar en razón o, en caso contrario, lo destituyera. Pero Rubén era de un carácter muy disipado y, en cuanto llegó al país donde se encontraba Uruk S.A. de C.V., en vez de ir a hablar con su hermano, prefirió ir a divertirse en los garitos de los alrededores de la fábrica. Al poco tiempo, Gilberto se enteró que había un hombre en la ciudad diciendo que era su hermano y que venía a destituirlo. Aunque esto Rubén sólo lo decía cuando estaba tomado y con el fin de fanfarronear, porque la verdad es que había perdido el interés en su misión, Gilberto decidió actuar en consecuencia. Conociendo el carácter libertino de su hermano, bajó de su oficina, fue a la fábrica y dio con la empleada más hermosa de todas, Hortensia, a quien liberó de sus obligaciones en Uruk S.A. de C.V. para enviarle un mensaje a Rubén: si se le ocurría intentar algo en su contra, lo que fuera, él lo mataría. Pero no contó con que Hortensia se enamorara de Rubén, pues el muchacho era bastante simpático cuando no estaba de fiesta. Y ocurrió también que

Rubén se enamoró de ella. Por ello Hortensia le pidió a Rubén que se marcharan de la ciudad, pues su vida corría peligro. Y a pesar de ello, al poco tiempo, Rubén se dio cuenta, seguramente porque ya llevaba mucho sin tomar gracias a su repentino enamoramiento, que su obligación era presentarse en la fábrica y retar a su hermano para devolver a los empleados de Uruk S.A. de C.V. la paz perdida. Hortensia, a pesar de todo, lo apoyó. Completamente rehabilitado, Rubén llamó a las puertas de la fábrica. Al mostrar sus credenciales, los guardias lo dejaron entrar. Él caminó de frente hasta las oficinas de su hermano, que se encontraban en lo alto de la planta, a la vista de todos los obreros. En cuanto Gilberto lo vio llegar, se acercó al pasillo y le dijo, altanero, poniendo ambas manos en el barandal que lo separaba del vacío, que subiera si se atrevía. Rubén así lo hizo. Todos los obreros, incluida Hortensia, detuvieron su trabajo mientras miraban a los hermanos tener una ríspida conversación en la oficina con amplios ventanales. La plática se puso violenta y los hermanos terminaron a los golpes. Se aventaron cosas y los vidrios estallaron. Los guardias se preguntaban si debían intervenir. Entonces Gilberto sacó un arma de su escritorio y la detonó contra su hermano, pero no tuvo puntería y el golpe de reacción de la pistola lo hizo trastabillar hacia atrás. Rubén no dudó. “Todo ocurrió tan rápido que la gente no podía creer lo que veían sus ojos: ante la sorpresa de los espectadores, Rubén se lanzó y alcanzó a sujetar a Gilberto del brazo para salvarlo de caer. ¡Qué extraño! Si Rubén era el vencedor, ¿por qué quería ayudar a quien intentaba matarlo? Gilberto estuvo frente a Rubén en el borde de la oficina, a veinte metros del suelo. Todos se quedaron sin aliento. Gilberto dio un paso hacia Rubén, se detuvo, extendió los brazos y lo estrechó con fuerza. Algo cambió en su corazón en ese momento. Se dio cuenta de que ya no estaba solo: en su hermano había encontrado un amigo.” “Las celebraciones se prolongaron por muchos días.” Hortensia se encargó de ello. Y a partir de entonces, Rubén, como presidente adjunto de Uruk S.A. de C.V., se ocupó de aconsejar a su hermano y servir como puente entre él y los empleados, quienes a partir de entonces comenzaron a ver en Gilberto, su parte humana.

El margen de utilidad de la empresa creció en 15 puntos.

Ah. Y Hortensia se casó con su novio. A quien le permitía tomar una copita de vez en cuando, siempre con estricta moderación.

Bien. Pues esta es una de las historias más iluminadoras que conozco. Y he aquí lo mejor de ella. Fue escrita hace más de 4000 años. Es, nada más y nada menos, que el poema de Gilgamesh.

Acaso algunos de ustedes se hayan dado cuenta. Gilberto es Gilgamesh. Rubén es Enkidú. Hortensia es Shamhat y el señor Solís es el dios Sol. Y Uruk S.A. de C.V. es la ciudad mesopotámica de Uruk.

Es una historia que fue escrita sobre tablillas de barro por ahí del 2000 ó 2500 a.c.

Y es una de las historias que más pueden echar luz sobre una persona porque es una historia que habla sobre el perdón. En tiempos tan difíciles como los que corren, en donde todos estamos dispuestos a denostar, vituperar, tirarle “hate” a alguien (ya no digamos apuntarle con un arma o empujarle por el borde de una muralla) porque piensa distinto a nosotros, creo que el Gilgamesh puede ser como un potente foco de varios cientos de watts al interior de una oscura bóveda en medio de la noche.

Pero lo que vale la pena enfatizar es que no conté el Gilgamesh en su versión original (que por cierto saqué de la preciosa edición narrada e ilustrada por Ludmila Zeman y publicada por Ediciones Tecolote) sino en una que adaptó su servidor un poco a la carrera, metiendo los ingredientes en la licuadora de la modernidad. (Desde luego que habrán advertido que en la Mesopotamia de miles de años antes de Cristo no existían las sociedades anónimas de capital variable). Pero creo que pude conservar su esencia. Y hacer del relato una historia vigente.

En el relato original dice “ Hace muchísimo tiempo...” en vez de... “Hace algunos años...”; en el original cuenta que Enkidú se fue al bosque y no a los garitos; en el original la lucha es sobre una muralla y no en unas oficinas... pero la esencia está ahí. Creo.

¿Y por qué exactamente me atreví a hacer esto de traerla a nuestros días?

Porque quiero llamar la atención sobre un punto.

Una historia que se sobrepone al olvido, a 4000 años de haber sido creada, no lo hace por mera suerte. Lo hace porque ha encontrado un sitio en la mente y el corazón de las personas.

Y digo esto porque trae a cuento mi gran hallazgo de los últimos tiempos. ¿Recuerdan? ¿Aquel que les quedé a deber? ¿Ese que me hizo un lector más feliz del que ya era y que puede hacerlos a ustedes también más felices?

Y es este...

Bueno. Antes que nada, recuerden que yo no fui niño lector. Y que llegué a la lectura y a la escritura dando tropiezos, equivocándome un montón. Que de la ingeniería salté a la literatura y que así ha sido todo a partir de entonces: una expedición constante, un descubrimiento del mundo paso a paso. Una aventura.

Bien... pues... ese tan prometido hallazgo no es otro que éste:

(Y que sé que les va a caer gordo por simple y por obvio, pero a veces hace falta que un cuate se levante temprano, se bañe, se peine, tome un avión y se pare con sus hojitas frente a un auditorio para recordarnos las verdades más elementales (O se pare frente a una cámara si el covid no se lo permite)):

Pero bueno. El descubrimiento es este:

Que el mundo está lleno de lecturas como el Gilgamesh, libros que han sobrevivido al paso del tiempo, libros que siguen con nosotros a pesar de tener cincuenta, cien o más años... porque han encontrado su lugar en la mente y el corazón de las personas. Sí. Que el mundo está lleno de esos libros a los que solemos llamar... clásicos.

Clásicos porque no pierden vigencia. Y porque no decepcionan. Y porque son idóneos para toda ocasión.

Y que lamentablemente, desde la mención de la palabrita, nos hacen sentir ya un cierto rechazo, porque, y no me dejarán mentir, solemos relacionar lo clásico con lo aburrido.

El asunto es que yo, gracias a la historia de mi vida, descubrí a los clásicos ya tarde. Y me fasciné con ellos. Nada como no haber leído nunca a Fiódor Dostoievsky, a Jane Austen, al propio Miguel de Cervantes, para empezar con ellos cuando ya eres lector consumado y...

...simplemente adorarlos.

Así que he ahí el hallazgo, que casi es como dar con una pepita de oro del tamaño del peñón de Bernal: esos libros existen... han superado la prueba de calidad más dura... y están ahí para todos nosotros. Ahí. Al alcance de unos cuantos clicks. Porque, para fines prácticos, no cuestan nada. (Sus herederos ya no pelean un solo centavo). Y si no te pesa demasiado leer en pantallita, te aseguro que la experiencia será inolvidable, porque el cambio de formato no le moverá una sola sílaba a la frase exacta del Quijote que te estás llevando a los ojos mientras viajas en el pesero.

Sé que la industria editorial (y ojo, porque yo formo parte de ella), prefiere estar en movimiento. Y seguir publicando año con año. E innovando. Una nueva novela sobre la violencia en Tamaulipas, una antología de cuentos en torno a la diversidad sexual, un compendio de microficciones escritas en clave de chat... y todos importan, y todos tienen el derecho a pelear un sitio en la mente y el corazón de las personas. Pero eso no obsta para que no podamos voltear hacia aquellos autores que, aunque ya no estén con nosotros físicamente, sembraron el mundo de obras que hoy en día conforman un invaluable patrimonio universal.

Y he ahí las lecturas que iluminan. Aquellas cuya luz no se ha apagado a pesar de tantos y tantos años. Llamas que no parpadean a pesar de tanto vendaval.

Yo sé que todos queremos correr a leer el último libro de de Stephen King pero... en estos tiempos... no haber leído el Quijote completo, pudiendo hacerlo, y además sin pagar un peso, es casi como un desperdicio de la propia humanidad.

Es casi como admitir que a nuestros tantos años de edad nunca hemos oído la novena sinfonía de Beethoven completa existiendo Youtube. Espero que no haya nadie aquí en este penoso caso. Pero suponiendo que así fuera... vale la pena saber que es una obra que está a punto de cumplir 200 años (es decir que ya pasó la prueba del tiempo), está en el Registro de la Memoria del Mundo de la Unesco, su compositor la escribió estando completamente sordo, es tremendamente hermosa y... lo mejor de todo... es gratis y no nos quita ni siquiera una hora y media de nuestras vidas desde que le ponemos play hasta que suenan los aplausos. Suponiendo que existiera en este encuentro el increíble y penoso caso de alguien que no haya escuchado completa la novena de Beethoven todavía... ¿no sentiría, un poco, como si estuviera negándose a recibir un obsequio millonario? ¿No correría a reparar tan grave error en cuanto terminara el encuentro? Bastaría con llegar a un sitio con wifi. Menos de hora y media. Menos que un Pumas Cruz Azul. Y posiblemente... le cambiaría la vida. (Recomiendo la versión de Leonard Bernstein, por cierto. Con audífonos y el volumen hasta arriba.)

Imaginen también a alguien que nunca hubiera visto, ni siquiera en un cromo de calendario, a La Gioconda de Da Vinci. O el David de Miguel Ángel.

Bueno, pues hagan de cuenta y sirvan como mero ejemplo.

Es más posible es que entre nosotros haya casos de otra índole. Casos (y me incluyo) en donde no se haya leído a tantos autores cuya obra es garantía de calidad (y lo sabemos) porque ha superado la prueba del tiempo.

Hay que perderle el miedo a los clásicos.

Hay que acercarse a los libros que brillan con luz propia.

¿Existe la posibilidad de quemarse con esa llama? Probablemente. Pero será un incendio interior, lo aseguro, que no tiene desperdicio.

Durante la pandemia adopté, junto con mi familia, la costumbre de leer en voz alta. Por turnos leíamos entre todos el libro elegido del mismo modo que cuando nos sentamos a ver una película. Cada quien proponía algo y lo leíamos entre todos. Yo elegí puros clásicos.

Y puedo decir con satisfacción que fue cuando Tom Sawyer y Becky Thatcher se quedaron atrapados en aquella cueva oscura que presencié a mis hijos arrojarse a la luz de la historia como quien se inmola en una enorme pira. Los vi consumirse en ésta. Y fue tremendamente gozoso porque, desde luego, no quisieron que dejara de leer hasta saber si los chicos eran rescatados.

Porque eran como cualquier chico de cualquier tiempo en una cueva de cualquier lugar.

Otro ejemplo:

Leí “Sensatez y sentimientos” a mitad de la noche en mis muchos episodios de insomnio. Aún recuerdo cuando la pobre de Marianne Dashwood no recibía respuesta a las cartas que mandaba a Willoughby y yo no dejaba de pensar que esa desesperación que sentía la chica era la misma que puede sentir una adolescente actual cuando la han dejado “en visto”.

Vigencia.

O cuando a Oliver Twist lo acoge la banda de carteristas de Fagin, recuerdo haber pensado que eso bien podía ser trasladado a nuestros días como un chico mexicano siendo seducido por las bandas del narco, algo parecido a lo que ocurre en “Salvajes” de Antonio Ramos Revillas.

Permanencia. Universalidad.

Yo sé que todos queremos correr a leer el último libro de Antonio Malpica (risas grabadas) pero... no podemos decir que somos lectores o que amamos la lectura, creo yo, si no tenemos siempre un clásico listo para ser leído en el celular mientras esperamos a que nos atienda el dentista.

(Sobre todo porque es muy posible que, en el día a día, se nos olvide cargar con nosotros un libro... pero el celular, ese sí que lo traemos pegado al cuerpo. ¿A que sí?).

Acaso mi recomendación no sea bien vista por las propias editoriales que sustentan esta feria. O por las instituciones gubernamentales que promueven las lecturas muy baratas. Acaso no faltará quien diga que yo mismo, quien vivo de mis libros, me estoy dando un tiro en un pie. Pero lo cierto es que tenemos al alcance un gran tesoro

desperdiciado. Y tenemos que aprovecharlo. Primero nosotros, para sentar el ejemplo, y luego los chicos, que también cargan un celular a todos lados. Cientos y cientos de libros de obras que son de probada calidad, gratis... y a unos cuantos clicks de distancia.

Ustedes disculparán que al final mi conferencia “magistral” haya terminado en un consejo tan simple y tan burdo: ten siempre a la mano el Quijote en tu celular.

Ustedes disculparán pero lo sentí necesario. Y una forma de hacer aporte además de contar historias deschavetadas.

Que no te desmotive que esa obra que estás a punto de abrir sea de alguien que murió antes de que tú nacieras. Justo ahí estriba el tesoro, la magia, la luz. En su legado. Porque en verdad creo que, así como Gilgamesh se reconoció humano en los ojos de Enkidú, así podemos hacerlo nosotros recuperando ese patrimonio que está guardado, esperando simplemente a que lo tomemos.

Y antes de terminar, una evidente invitación.

Con tiempo y con ganas, en bibliotecas virtuales se encuentran verdaderas joyas sin desembolsar un peso. El Quijote, para empezar. Pero también obras de Alejandro Dumas, de Oscar Wilde, de Emilia Pardo Bazán, de Manuel Payno, de Edgar Allan Poe. De cualquier modo, todos los que usamos Android aquí, tenemos en nuestro celular la aplicación Play Libros de Google. Bien. Pues ahí está prácticamente todo. Y no me van a negar que tener Frankenstein en su celular por 10 pesos es también, para fines prácticos, gratis. O bien... 5 novelas de Julio Verne, también en 10 pesos.

Unos cuantos clicks de distancia, dije. Abres Play Libros. Pones “clásicos” en la búsqueda. Refinas el filtro de Precio, de 0 a 50 pesos, por ejemplo. ¡Y vualá!

No podemos afirmar que la obra de un autor inmortal no sea un regalo si cuesta menos que un refresco y unas papas.

El Quijote, como ya dije, sí cuesta cero pesos en todos lados. Y no veo a todo el mundo leyéndolo. Pero eso, seguramente, si corremos la voz... y si le perdemos el miedo a la letra en nuevos formatos... cambiará poco a poco.

Esas pantallitas que nos iluminan de frente pueden iluminarnos no sólo la cara, sino también la mente y el espíritu... si nos dejamos.

Hagan ustedes la cuenta del número de horas que pasamos en el celular festejando memes. "Likeando" chismes. Indignándonos ante la pobre labor de los políticos.

Dediquemos solo la mitad para leer un clásico. Y luego otro. Y otro.

Y seguro nos cambiará la vida.

Muchas gracias.